

DEL RESENTIMIENTO COMO GÉNESIS DE UNA PROPUESTA DE UNA
NUEVA MORAL EN *ASÍ HABLÓ ZARATUSTRA* DE NIETZSCHE.

Juan Esteban Montaña Peláez.

DIRECTOR DE LA TESIS:

Luis Guillermo Orozco Sánchez

Universidad Pontificia Bolivariana

Escuela de teología y filosofía

Medellín

2013

Del resentimiento como génesis de una propuesta de una nueva moral en *así habló Zaratustra* de Nietzsche.

“El mayor mal es necesario para el mayor bien del hombre; esto es lo único que he aprendido hasta el momento” (204)

Juan Esteban Montaña Peláez¹.

RESUMEN:

El artículo se refiere a una reflexión profunda acerca de la nueva moral que propone Nietzsche a partir del resentimiento, para así encausar su acción sobre la liberación del hombre para llegar al superhombre con voluntad de poder, pero un poder de sí mismo que lo conduzca hacia la felicidad.

Al igual el artículo trata elementos como el resentimiento, la fatalidad, voluntad, conciencia, etc.; como puntos que provoquen inconformismo para llegar a la reflexión profunda del ser libre y feliz.

Se narra además los desmanes del hombre esclavizado por sus ansias de poder que han provocado guerra, catástrofes e innumerables calamidades comandadas por las instituciones económicas, políticas y por las diferentes religiones, donde se coartan la moral para responder a ideologías ajenas que destruyen todo proceso de humanización de la persona.

Abstract:

This article is about a deep reflection on new moral values proposed by Nietzsche starting with the resentment to direct its actions over the liberation of mankind and leading to the super being with a desire for power, and an inner power which will take him to his own happiness.

*licenciatura en filosofía y letras.

Similarly, the article talks about elements such as, resentment, fatality, will, conscience, etc.; as points which trigger dissatisfaction and leads to a deep reflection of a free and happy human being.

It is also about misfortunes of a man who is slaved by his desires of power which have caused wars, catastrophes, and a great number of calamities initiated by economic, political and different religion institutions, where the moral principles are neglected to respond to strange ideologies which destroy the whole process of a person's humanization.

Key words:

Nietzsche, Resentment, Moral, Fatality, Will.

INTRODUCCION.

Este artículo propone en la palestra de la reflexión la apuesta hecha por Nietzsche de una nueva moral, pero una moral basada en el resentimiento albergado por siglos en la memoria y tal vez en el alma del hombre, incapaz muchas de las veces de superarse así mismo, alienado por las instituciones que han marcado el orden moral durante grandes periodos históricos, a decir, la Iglesia, pero mucho más que ella, el cristianismo recalcitrante, no sólo de los puristas, sino el cristianismo que creyó poseer el testigo de juez; así mismo el Estado organismo inventado por los hombres para ejercer el mayor control posible sobre los ciudadanos y mantener el estatus quo a base leyes represivas e inequitativas, y muestra de ello, son la gran mayoría de estados democráticos del mundo cosmopolita contemporáneo.

Además aparte de poner de manifiesto la tesis del resentimiento como génesis de una nueva moral en Nietzsche, aborda los conceptos que son indispensables para pensar en dicha propuesta, tales como: la fatalidad, la voluntad de poder entendida como el que alimenta la rebelión de la esclavos sometidos a las represiones morales tradicionales y el concepto de superhombre, entendido éste,

claro está como el poseedor y liberador de su resentimiento. La propuesta del artículo parte del libro de Así Habló Zaratustra, y el descubrimiento, a través de una lectura entre líneas, el prurito angustioso que hace de cada palabra de Zaratustra una palabra liberadora de resentimiento que propone la liberación y superación del hombre como soberano de sus pasiones y actos.

1. El canto del gallo

He aquí que ya caen los grandes, los virtuosos, los peritos y los semidioses de la tierra; ya los sepulcros blanqueados abren sus fauces cual leones hambrientos para comerse a los espíritus resignados, a los esclavos de las virtudes ancestrales, a los avaros y aquellos que ante su meta deciden aquietar su voluntad y no seguir porque un último esfuerzo es una tarea titánica para sus mediocres deseos; ya canta el gallo en la mañana anunciando el despunte de la aurora matinal, los colores de la esperanza matizan el cielo en lontananza, pero no basta la belleza natural de este mundo habitado por roedores y parásitos que descuellan de las heridas putrefactas de los bondadosos y justos, ¿quién podría ufanarse de su bondad o de su infinita justicia? Sólo aquellos vanidosos que decretan la ley porque el poder les ha sido concedido por el pueblo, por los rebaños resignados, por las huestes presas del letargo ilusorio de la “buena costumbre”; no basta la belleza de los amaneceres donados por el astro amarillo que apenas abre sus ojos; la belleza no es suficiente para que hombres profanos no acusen a su voluntad de perezosa.

Los ancestros han hablado y cantaron las canciones de la vida, de su virtud y vertieron su sabiduría sobre las postreras generaciones, pero –ten en cuenta lector- el piadoso pecado cometido por las generaciones del presente y del futuro: pecaron y pecamos contra nuestros antepasados, y lo hicimos de la manera más ruin, olvidando sus palabras y sus cantos, su sabiduría ancestral la echamos al cesto de la basura, ya no nos sirve, mejor, construir frases, poesías y exaltamos con el tono del orgullo las mejores canciones de soberbia, de este modo pecamos, olvidando las palabras pronunciadas a tiempo, y sólo algunos, que no se hacen llamar humildes, ni buenos ni justos han sabido guardarlas en su más íntimo lugar dentro del alma, y guardan aquella sabiduría con recelo y el más descarado egoísmo, un aplauso para esos valientes egoístas que como visionarios no

quisieron, y aun hoy no quieren compartir la sabiduría ancestral con esta generación de sutiles egoístas pecadores, pues estos sabios han de decirse a sí mismos: “*ellos creen habitar el mejor de los mundos, han hecho alarde de su razón, que sea ella quien los salve o los condene*”, y cuánta razón tienen. Sí, es esa razón de la que tanto se ufanan para salvarse o al ser testigos en los últimos lustros, es más probable que se condene, pues ella, hija de nuestra voluntad codiciosa –deseosa del mayor bien para la mayor cantidad de personas- erró el camino y con sus pasos sigue el imprudente sendero del progreso, que en sí mismo no era malo, sólo se corrompe, sólo lo corroído, sea por las causas imaginarias que fueran las redentoras y las emancipadoras, o sea porque así lo dispuso el destino, o quien quiera que maneje los hilos de la voluntad humana (ya no pueden ser las moiras, ya se desechan las fantasías que obnubilan nuestra razón), y ese alguien, quien maneja los hilos de la voluntad humana, no es más que el hombre soberano de sí mismo, no el dios ancestral, no, es el hombre soberano, (que ilusoriamente se llama soberano, ¡Qué pena!), portador del estandarte de la razón; y la hija de esta razón tiene nombre, ella se llama ideología, y así misma es portadora de los calificativos más reales posibles, ella, ideología, promesa de libración, hay que bautizarla, con el nombre de *sangre*, sangre espesa; hay que bautizarla con el adjetivo de asesina de ideas y portadora de eufemismos; es la asesina que blande en sus manos el testigo de la voluntad; ideología, hija consentida de la razón y amante de los hombres rebeldes, soñadores e ideales. Pero quizá se piense que estas palabras que servirán de preludio no son más que el toque de tambor que anuncia la reflexión fatalista, tal vez sea así, y tal vez no, pues ¿habrá algo más fatal que la experiencia alienante de los dos últimos siglos vividos por el hombre? ¿Se podrá imaginar un futuro más lamentable que los episodios del siglo XX y la deshumanización de su final (siglo XX) y las lamentables escenas alienantes de comienzos del siglo XXI? Sí, creo que sí, pero también creo que no, que no es necesario padecer las catástrofes inventadas por nuestras ambiciones e ideologías dañinas, pero tal vez son ilusiones que se pueden desvanecer rápidamente, ese, es tal vez el temor más

grande, el desvanecimiento de la esperanza, la esperanza de un futuro prometedor, el temor de la primacía de la ignorancia y la resignación, que la humanidad siga teniendo puesto el velo que la enceguece y que anhele el opio que apacigua las causas de emancipación justa y libertarias.

Pero las evidencias golpean como el tornado que arrasa con su fuerza intempestiva las casas de cimientos débiles; ya lo anunciaba Nietzsche en *“Así habló Zaratustra”*: *“Zaratustra no debe ser el pastor y perro de un rebaño! He venido para llevarme muchas ovejas del rebaño. El pueblo y el rebaño se irritarán contra mí”* (Nietzsche, 28), y esto es una verdad a ojos vista, palpable, el pueblo se hace llamar eso, pueblo, pero a pesar de la fe en el progreso sigue siendo un redil de ovejas, pastoreada por los pastores, portadores de la bondad, la justicia y la humildad, valores ancestrales, pero que en manos de estos salvadores, dictadores de la ley y justicieros pretenciosos no son más que las vendas que nublan los ojos de la razón general del rebaño llamado pueblo y son también (estos valores de los jefes pastores) la excusa perfecta para allanar el camino que conduzca a la sumisión de la mayor cantidad de personas (y vaya, ¡jerrónea ilusión! Utilizar el término persona para nuestras circunstancias actuales, esta palabra condenada al fracaso y a la mala interpretación, evocada cuando los derechos pretenden ser defendidos en pro de las causas de los estados que no los han defendido o ellos mismos los han vulnerados (los derechos), mejor, he de decir con la amargura que embarga al idealista impotente, que la persona, esa palabra tan reivindicadora, es un privilegio, sí, un privilegio de unos pocos, pareciera volver a los arcanos tiempos del imperio romano, que distinguía entre persona y hombre, éste último era el esclavo, el sirviente, el que no pertenecía a la nobleza pero que sí pertenecía al género animal llamado hombre, eso era, un animal; pero persona era sólo aquel poseedor del noble linaje, el privilegiado) y es cierto, que la sumisión es una epidemia, y sus hermanas, la ignorancia y la resignación.

Y aquél que suscite en los espíritus del rebaño el menor asomo de rebeldía y de emancipación justa, debe ser condenado al olvido, al ostracismo y en el peor de los casos, a la condena fatal de la muerte. Los balidos ensordecen las ciudades, el eco del clamor del rebaño no puede dejar a un espíritu impetuoso y deseoso de desvelar los errores de la ignorancia, en la indiferencia total, esto es, sin temor a equivocación, la pretensión de Zaratustra, gritar, anunciar el gran poder que tiene el hombre de superarse así mismo, de superar su vida.

Así pues, querido lector, las palabras puestas aquí no son más que fruto de muchas reflexiones, unas raudas, veloces, volátiles e intempestivas, otras, serenas y lentas, y otras perezosas, y es que la pereza es amiga de algunos momentos de soledad de los hombres que se dedican a pensar y que se llaman y nos llamamos así mismos filósofos. Estas palabras (que espero funjan como fruto del pensamiento inquieto) no pretenden enseñar nada nuevo, nada novedoso, ¿algo nuevo y novedoso podría decirse en estos días? Tal vez sí, pero por ahora mi genio no ha escalado la montaña donde se halla el secreto del creador, y aun así no me siento frustrado; esto pues, estas palabras tampoco pretenden indicar un camino; sólo pretenden causar incomodidad, como la pluma que se introduce en la garganta para provocar el vómito; y si esto que pongo por dicho en esta reflexión a veces perezosa, levanta la más mínima ampolla e incomodidad es posible que me dé por bien servido, y si no, -querido lector- espero que se me haga justicia, no la justicia que nace de la caridad del género humano y de la moral tradicional, no, que se me haga justicia con la crítica implacable, con el rechazo contundente, así es como se hace honor al ignorante y al resignado.

1.2. Del resentimiento, la fatalidad y el mal.

La historia es implacable con las generaciones del presente y lo será mucho más con las generaciones que han de llegar, y esto porque casi nunca se aprende de los fracasos y errores de ella (la historia), y si se aprende, así sea un poco, se olvida tan rápido que volver los pasos y repetir los acontecimientos bajo otras formas y bajo otras máscaras, es decir, son , los hombres, portadores de los estandartes de la libertad y de la solidaridad, volcando muchas de las veces los esfuerzos a la creación de formas alienantes que reportan daños continuos ¿qué es si no, las muchas catástrofes creadas por los sueños de progreso? esas catástrofes tienen nombre propio, guerras, asesinatos, alienación e ideologías malversadoras de la economía liberadora y creadora de nuestra inagotable razón, razón inmensamente desbordante y utilizada la más de las veces en beneficio del poder y de la ambición. Así, pues, que se vive una era, una era de collage, sí, de collage, una era de retazos unidos por frustrados sueños idealistas, cosidos con los hilos de las instituciones económicas y políticas extractivas que desconocen y desconocerán el valor gratuito de la condición humana; e instituciones que pretenden delinear la norma exacta que se ajuste al mantenimiento del equilibrio moral y ético de nuestros comportamientos, y no sólo la de unos pocos, sino, la de todo el plexo de la humanidad, causa bienintencionada pero que ha demostrado un fracaso sin par, instituciones nacionales e internacionales que detentan el poder y que al final de la carrera tan sólo han dado paliativos superficiales y genéricos a la gran enfermedad de la era presente, la peste de la moral, y no se quiera llamar de otra manera a esta enfermedad, es moral y no hay diagnóstico que pueda sugerir otra forma mórbida de nuestro tiempo.

Y es que ya fue anunciado esta nueva catástrofe (que en realidad no es tan nueva) por los más grandes pensadores de los siglos XIX y XX, entre ellos, y del que se parte esta reflexión, Friedrich Nietzsche, éste ya había levantado la voz y gritado alarmantemente sobre la enfermedad que estaba y azotaría a la humanidad por muchos lustros, la enfermedad moral, una enfermedad endémica,

que en una posible interpretación de Nietzsche sólo se curaría con la superación de las supersticiones históricas y la auto superación del mismo hombre, principio y fin de toda idea, de todo germen destructor e idealista, ya lo anunció en *“Así hablo Zaratustra”* con un contundente aforismo: *“el mayor mal es necesario para el mayor bien del hombre... esto es lo único que he aprendido hasta el presente”* (Nietzsche 203), porque pareciera que este visionario sólo fuera portador de una mala noticia, del trato del hombre con el hombre que se expresa en superación y en destrucción de su propio género para poder lanzar el grito de victoria que lo corone con los laureles destinados a los héroes, así, la forma más sencilla de vencer al leviatán moral que se alza con sus fauces, es portando el arma del mal, género de sentimiento alimentador de toda contienda, portador de odio y avaricia, afincado muchas veces en el ideal de libertad, fraternidad y solidaridad, estos últimos tres conceptos tan defendidos por los estados a partir de 1879 en toda Europa, pregonados por idealistas soñadores de la equidad entre el género humano.

Pero la fatalidad no ha de tomarse literalmente, sólo es una arista de la reflexión de la realidad que nos circunda, sin duda alguna no podemos hacernos los ciegos ante tan nefasto presente y tan incierto futuro, y si pisáramos nuestro suelo con auténtico arrojo, quizá el temor ante la duda de ¿qué ha de pasar? no nos sorprenda de manera borrascosa; la fatalidad, ese es el término que hemos de tener presente al momento de emprender el camino de la montaña que nos conduzca al pico que se alza junto al cielo y que resguarda la verdad, (y es que decir verdad es mucho ya), pero al menos hemos de intentar alcanzarla, así el escarpado camino nos torture y nos susurre “hombres, ya no pueden, han perdido aquella fe que los mantenía vivos, y aunque caminen y salten como cualquier otro animal vivo, su alma está enferma, ya no quiere la liberación, se ha cansado de buscar y se ha lanzado al abismo oscuro de la mediocridad y la pereza, no suban más, ya están muertos”, hay que intentar un último esfuerzo, así este último esfuerzo sea con el alma enferma, y con la desazón de estar solos en esta

empresa titánica, esta tarea que se presenta a nuestra voluntad como la más ardua, como si fuésemos un san Jorge que cabalga a su destino, a enfrentarse a su dragón. Entonces que la enfermedad de nuestro tiempo no nos coja dormidos en los laureles, y que la denuncia, como bien lo hizo Zaratustra sea oída por los oídos que quieran oírla.

La fatalidad es nuestra piedra de toque para continuar la reflexión en torno a la enfermedad moral del tiempo y a partir de Nietzsche y sus propuestas nihilistas se intentará rodear su invitación a concebir una nueva moral, cosa que de por sí es harto difícil, pero que convoca a los espíritus impetuosos a no claudicar ante el reto propuesto por Nietzsche, el reconocimiento de una nueva moral, y en estos tiempos donde todo es rápido, donde la deshumanización de la ideología nos ha dado una nueva oportunidad para reconstruir y donde para bien o para mal, los valores de la religión en occidente tienden a difuminarse con el fenómeno del secularismo, la tarea de continuar en la reflexión del proyecto nietzscheano es a todas luces una oportunidad de liberación, y así no se logre imponer un nuevo concepto de moral, ha de advertirse que la reflexión quedará en apertura permanente, como si fuese una puerta siempre abierta que invita a pasar.

Se ha notado en este texto que el concepto de fatalidad surca gran parte de él, y es cierto, pero todo por una sola razón: si no fuera por los acontecimientos históricos que han padecido es necesario una reflexión en torno a la moral y a su particular modo de ser en nuestras épocas, es decir, ¿qué es y qué significó para occidente la primera y la segunda guerra mundial? ¿Qué significa para nosotros, hombres del siglo XXI los avances en tecnología y bioingeniería? ¿Cuál es el papel regulador de las costumbres religiosas en unas sociedades multiculturales y casi emancipadoras y creadoras de sus propias costumbres? Y si continuáramos con las preguntas tal vez no terminaríamos, pero es en síntesis, el olvido de nuestros actos y comportamientos a través de la historia lo que motiva a la reivindicación de una nueva moral, pero fracasaría si la pretensión fuera la de los modernos del siglo XVII, crear una moral universal, cosa que fracasó, aunque la

intención hubiera sido buena, y es que el problema de una moral universal radica en el desconocimiento cultural que ello implica, y de eso se dieron cuenta muy tarde los filósofos de la moral de la modernidad, solo una porción de personas de élite podrían concebir la posibilidad de una moral universal, pero ¿dónde quedarían aquellas personas que no poseyeran las condiciones racionales para aceptar una moral de este tipo?, así pues la reflexión a partir de los postulados en el Así habló Zaratustra de Nietzsche son necesariamente de carácter unilateral, a decir, de carácter particular, personal.

1.3. De los nuevos tiempos y una decadencia fatalista

Es verdad que el tiempo en el que Nietzsche escribe sus obras y nuestro tiempo son totalmente diferentes en muchos aspectos, pero existe un punto en común que no se puede desconocer, y es el rechazo a las tradicionales costumbres, a la tradicional moral recalcitrante que procura siempre que el establecimiento fuera siempre el mismo, y aunque parezca duro de aceptar, fue y es necesario que se desechase no por la simple condición de rechazo y rebeldía, sino, por la necesidad de entrar verdaderamente a una edad adulta, pero no la que pregonaba el ideal de razón en la ilustración apoyada en el progreso y que gracias a Kant nos hicimos con ella ¡Sapere aude! “*! Ten el valor de servirte de tu propio entendimiento!*” (Kant 21), no, sino en otro ideal de superación, de cortar los grilletes que nos mantenían esclavos a una tradición perturbadora y ennegecedora ¿cuál tradición? Esa tradición de occidente que por muchos siglos se vio sumergida en las aguas lodosas de la religión y de la resignación estatal, y no se piense que el rechazo a estas instituciones y sus costumbres son sólo de personas inquietas como Nietzsche y otros pocos, no, también por muchos que han ido despertando de su letargo, por los esclavos octogenarios que escaparon de las mazmorras en las cuales sus anhelos de libertad estaban recluidos, hablo pues de Marx, Hegel, Kant, Descartes, Voltaire, y otros muchos que alzaron su voz en son de protesta, pero que por alguna extraña razón su eco no resonaba más allá de lo que estos eminentes hombres hubieran querido, y todo gracias a los guardianes de las

costumbres alienantes, ¿a qué se llama aquí costumbres alienantes? Se llama así a aquellas costumbres que encadenan al hombre y lo convierten en esclavo de ideales ajenos, trascendentales, a decir, la moral purista del cristianismo, las leyes conservadoras de los estados y las leyes capitalistas y neoliberales de otros muchos estados occidentales, así pues, la pregunta clave de la reflexión ha de ser ¿cómo invertir el timón y encauzar el barco de nuestros anhelos humanos hacia la libertad? Ardua tarea nos espera, porque aunque no lo queramos ver, la esclavitud ha tomado muchas formas y:

“la rebelión de los esclavos en la moral comienza cuando el resentimiento mismo se hace creador y engendra valores: el resentimiento de estos seres a quien la verdadera reacción, la de la acción, les está prohibida y no encuentran compensación, sino en una venganza imaginaria” (Nietzsche 606)

Valiente es Nietzsche al decir dónde comienza la rebelión de los esclavos, en el resentimiento, y no es más que el resentimiento lo que da forma a las protestas de algunos que han pretendido cambiar el rumbo de la historia, convertirse en testigos de cambio y fundadores de nuevos valores, pero ¿qué son los valores? ¿Qué es la moral? Si preguntáramos constantemente por estos conceptos vivos durante gran parte de nuestra historia de seguro nuestros ojos están velados para que nuestra voluntad proteste y nuestro corazón albergue resentimiento.

Aquí pues, en el pensamiento de Nietzsche se erigen dos conceptos supremamente bellos como abanderados de una rebelión que ya ha madurado pero que nadie se ha procurado realizar, el primero, el resentimiento, el segundo, la fatalidad. Si bien otras ideas en la propuesta nietzscheana son fundamentales para una reflexión de una nueva moral, como lo son *el eterno retorno, las transformaciones del espíritu y la voluntad de poder*, éstos no serán posibles sin el resentimiento inoculado en los corazones de los hombres inconformes y la fatalidad de la realidad padecida por nuestro género, son fatalidad y resentimiento

la génesis de la propuesta de Nietzsche, y tal vez se considere muy osado lo propuesto aquí, pero no se puede pasar por alto tan grandes sentimientos, el del resentimiento que invita a toda rebelión y que espera la oportunidad de venganza y unido a este, la superación de la fatalidad, y para llegar a una superación de sí mismo, para tender un puente entre el hombre y el súper hombre, que se vale de su voluntad para lograrlo, primero ha de ser espueleado como corcel de preciado linaje, y no existe mayor acicate que el resentimiento, es éste y no otro la génesis del pensamiento de Nietzsche. Sí, es el resentimiento, es lo que atraviesa la obra de zarathustra, todos sus monólogos, todas sus invitaciones a crear el nuevo hombre, el súper hombre, a exaltar la supremacía de la vida por encima de todo y la supremacía de la voluntad de esta manera:

“oh tú, mi voluntad! ¡Descanso de toda pena; tú mi necesidad! ¡Líbrame de todas la victorias ruines! Azar de mi alma que yo llamo destino! ¡Tú que estás por encima de mí! ¡Guárdame y resérvame para un gran destino! Y tú última grandeza voluntad mía, consévala para tal fin...! Para que sea implacable en su victoria! (Nietzsche 199).

Es la voluntad la que impulsa a la rebelión, a imponerse sobre todo aquello que enferme al espíritu y malogre el alma, pero ¿cuál es la victoria que busca el hombre, cuál es esa victoria que pregona Zarathustra? Aquel que tenga ojos para ver que vea, y el que tenga oídos para oír que oiga: la victoria sobre el hombre mismo, la victoria sobre la esclavitud impuesta a fuerza de melódicos discursos persuasivos de salvación trascendental y fe en la justicia divina y en la justicia impartida por los jueces de la tierra; esa es nuestra victoria, a ella debemos ir con lanza en ristre, no dejar que el combustible de nuestra voluntad se agote, antes bien, seamos acicate del resentimiento, avivemos el resentimiento, es él y no otra cosa la que permitiría tender *“mil puentes, y sobre mil caminos deben apresurarse hacia el porvenir, y necesario será poner siempre entre ellos (los hombres) más guerras y desigualdades” (Nietzsche 94)* y esta tarea se ha llevado a cabo a la perfección, desigualdades y guerras son los leños que avivan el fuego sempiterno

de la humanidad, millones y millones de muertes, ríos de sangre que llevan en sus cauces náufragos a punto de ahogarse, egoísmo y nacionalismos que pretendieron la identidad y crearon monstruos; la tarea se ha cumplido, pero el resentimiento no ha menguado, somos los hijos del resentimiento, y como buenos hijos hay que honrar a nuestro padre, pero no lo hemos hecho de la mejor manera, no se agota el negro humor resentido de los ideales de emancipación colectiva, y será tachado de ciego aquel que no vea que en Nietzsche el resentimiento es la fuerza motora de la voluntad de poder y la energía que mueve al inconformismo del género que padece en los potreros dispuestos para el rebaño. Resentimiento, palabra oculta en las miles de palabras dichas por la boca de Zaratustra, el resentimiento de haber dejado domesticar por la moral de los sacerdotes y juristas; es el resentimiento el gran precursor de la fatalidad. Llegará en momento pues en que el resentimiento engendra una nueva moral.

La nueva moral enfatizada por Nietzsche ha de verse al fin con los ojos limpios de legañas ennegrecedoras, la reivindicación de la vida ha de ser a todas miras la condición fundamental para implantar un nuevo régimen de felicidad, y este régimen sólo ha de ser llevado a cabo por el súper hombre, y aquí la pregunta de fondo y formal ha de ser la siguiente ¿Qué es y dónde hallar al súper hombre? Esta es la eterna pregunta que se han hecho todos aquellos que acometen la empresa de interpretar la propuesta nietzscheana, el súper hombre, promesa de libertad; eterno retorno, ¿vuelta a lo mismo o espera en el futuro deseado? ¿Qué es para nosotros el hombre? ¿Dónde radica la esencia del hombre? Indistintamente de las respuestas que se puedan hallar a nivel antropológico y existencial el hombre no es más que una dualidad, un estado corpóreo dotado de alma, y si hacemos caso a las propuestas poéticas, está también el hombre dotado de un espíritu, éste es impetuoso y volátil, pero es el alma, con temor a cometer una equivocación, la portadora de esperanza y de anhelos de libertad, pues si el hombre se siente esclavo de las condiciones heterodoxas es que simplemente las padece su alma, y su alma es al fin de cuentas la que ha de

sentirse inconforme, y en este sentido la inconformidad es resultado de la ambigüedad de los sucesos históricos que tanto han reflejado y siguen reflejando la precariedad del género humano, y es esta precariedad la que molesta tanto a los espíritus inconformes, reticentes a los eufemismos con los que las grandes instituciones religiosas, políticas y económicas adornan sus discursos para ralentizar el paso del hombre que se levanta en rebelión, pues los eufemismos son pan recién salidos del horno de las bocas de los buenos, y así como habla Nietzsche “no se odia al impío, sino, su impureza; no se odia al asesino sino su crimen; no se odia al avaro, sino su injusticia usurera”, entonces ¿quién ha de juzgar a los impíos, a los asesinos y a los avaros? ¡Ah! Miremos que los buenos ya abren sus bocas para responder: ¡la justicia divina! ¡Dios ha de juzgar! Y observemos con paciencia cómo se acerca esta justicia, miremos al horizonte y que no nos importe que el sol abraza nuestros ojos y nos enceguezca; ya viene la justicia divina, cabalga en el lomo de la tortuga centenaria, tan lenta como el día de trabajo aburridor, ya viene, sólo esperemos, seamos pacientes, unos veinte años de solaz espera y por fin llegará; tal vez seamos afortunados y ella (la justicia divina) no tuerza el camino y no nos regale unos lustros más de espera, ¡esperemos!. Es esta absurda esperanza la que tantas almas ha perdido, tantos hombres inutilizados esperando la justicia divina, una justicia celosa y clasista, no hay que atribuirle el mal a dios, no, porque nos ha dotado del libre arbitrio, somos los hombres poseedores de toda maldad, pero no dios, y es descarado aquel que pretenda lo contrario. Si es así, ser los más descarados de todos, ya se ha albergado suficiente resentimiento para no actuar, dejemos actuar a nuestra ansiosa voluntad, a esta voluntad que anhela escapar y hacer de su portador un ser nuevo, un súper hombre.

La nueva moral ha de ser creada por el súper hombre, un hombre temeroso de sí mismo, y pregunta el ingenuo, ¿qué es el súper hombre? Responde Zaratustra, “(...) es el relámpago de la sombría nube que es el hombre” (Nietzsche 24) el sonido de su trueno es el preludio de la discordia que se encarna en el

resentimiento, y el rayo es la destructora voluntad que reivindica la supremacía de la vida, una nueva moral hija del resentimiento, eso es lo que nos hace ver Nietzsche en su obra donde su protagonista, el asceta Zaratustra huye de los hombres, a encontrarse con la sabiduría para después darla como preciado regalo a los seres que una vez lo vieron marchar, pero fue incomprendido, como lo fue Nietzsche, y sólo algunos pocos que no tuvieron temor los siguieron e intentaron comprender su doctrina, una doctrina que incomoda, y es tal vez por esta incomodidad que causa el pensamiento de Nietzsche que suscita tanta curiosidad y la necesidad de acercarse la mejor interpretación posible.

Ahora bien, si se pretende decir que es posible una interpretación de la idea de una nueva moral en Nietzsche, lo que haya que hacer es preguntarse por los elementos de la moral, qué es lo que constituye a la moral y cómo se procede a determinarla en algunas circunstancias históricas, cosa que ya hizo de manera magistral Nietzsche en su obra *Genealogía de la moral*, pero que para efectos de una reflexión dentro de un contexto histórico diferente, con agravantes de carácter sociológico, económico y político, no sólo en el contexto del hombre en sí, en su particularidad, sino, el hombre como herencia de la historia y de la cultura.

Según Nietzsche los elementos de la moral desde hace muchos siglos son dos valores opuestos “*lo bueno y malo, bien y mal, se han entregado en este mundo, durante miles de años a su combate largo y terrible, y, por más que desde hace mucho tiempo, el segundo lleva la ventaja*” (Nietzsche 614) y es cierto, por más que se desee ocultar lo evidente, el mal todavía hoy es el vencedor en la maratón histórica por la conquista de la conciencia de los hombres, y es esclarecedor, cómo se prefigura la propuesta moral de Nietzsche, a decir, primero ha de pensarse en liberarse de las ataduras de las costumbres que antaño han esclavizado al hombre y han apaciguado sus pasiones, esto es, dejar que aflore el resentimiento, posteriormente señalar oportunamente la supremacía del mal, que en muchas ocasiones se disfraza de ideologías benévolas para actuar y

posteriormente ser testigos de la fatalidad, esa fatalidad tan prístina que aunque la padezcamos consecutivamente nos reinventamos para seguir padeciéndola.

Entonces pretender una nueva moral y desechar lo que antaño conformó la tradicional forma de regulación de los hombres, incluye la soberanía del hombre:

“y veremos que el fruto más maduro del árbol es el individuo soberano, el individuo que no es semejante más que así mismo, el individuo autónomo y súper moral (pues autónomo y moral se excluyen); en una palabra, en la voluntad propia independiente y persistente, el hombre se puede prometer –el que posee en sí mismo la conciencia fiera y vibrante de lo que al fin ha conseguido por ese medio, de lo que se ha incorporado en él, una verdadera conciencia de libertad y del poderío, y, por fin, el sentimiento de haber llegado a la perfección de hombre. Este hombre emancipado, que puede verdaderamente prometer, este señor del libre arbitrio, este soberano. (Nietzsche 618)

Y es que ya no habrá heterodoxia que lo impele a ser juzgado por un juez llamado “administrador de Justicia”, sino, que este soberano, señor de sí mismo es poseedor del único juez implacable –y lo posee como don propio todos aquellos que alguna vez se arrepintieron de algo- este juez habita en nosotros y no se marcha aunque intentemos despojarlo de su hábitat –y es que su hábitat natural es el mismo hombre y el hombre así mismo no se puede mudar, o quizá no puede echar a la calle esa parte de sí- su conciencia; bastante razón tenía el estoico Séneca al decir que:

“puedes ocultar tus actos más íntimos e infames a las personas más cercanas, pero no puedes ocultarlas a tu conciencia, es ella, al fin de todo –incluso en la agonía y en el abrazo gélido de la muerte- la que te juzgará, a ella no podrás escapar (Séneca 139)

Es así cómo ha de tributarse al hombre soberano, no para los otros, sino, íntimamente para sí, para no ser juzgado implacablemente por su conciencia, ella que nada olvida, pero recrimina la pereza del hombre que viéndose humillado y poseído por el resentimiento no se alza contra todo lo que lo aliena y lo encarcela, es decir, ser un creador, ser soberano de los territorios de su propia vida, reinventarse y parir con dolor los valores que los lleven a la meta de ser un hombre para sí, modelo de gallardía y de egoísmo compasivo. Sí, egoísmo compasivo, no tiene otra connotación el egoísmo, ha de ser llevado al extremo, pero con la intención de donar a la humanidad un preciado regalo, su liberación, como bien lo quiso Nietzsche y como lo logró plasmar en su bella y estremecedora obra, Así habló Zaratustra.

2. del resentimiento a la voluntad de poder.

Donde quiera que he encontrado algo viviente, he encontrado la voluntad de poder, la voluntad de ser amado” (Nietzsche 106).

Voluntad de poder, ¿qué es la voluntad de poder? ¿qué es eso que moviliza a los hombres fieros a caminar en contra corriente?, es la voluntad de poder, esa voluntad que hunde sus raíces en el desprecio y el resentimiento. Ya se ha dicho antes que es el resentimiento lo que atraviesa la obra de Nietzsche, Así habló Zaratustra, y tal vez, como también se dijo, esta afirmación sea osada, pero no cabe duda del letal resentimiento que emana cada palabra de zaratustra, su vida en el ostracismo en la montaña, buscando por mucho tiempo la sabiduría con la cual regalar a los hombres y posteriormente no encontrarlos dignos de ella; verse sumergido en la angustia al notar que aún le hace falta un poco de retiro para acallar los gritos desesperados de su alma, y es esto lo que también hace falta a los hombres de nuestra era, acallar los gritos de desespero de nuestras almas impasibles, enfermas, enfermas por la peste moral que circunda nuestras culturas y sociedades, esta enfermedad es tan cautelosa que ha tomado mil caras para no

ser descubierta e inocularse en las voluntades de las ovejas de todos los rebaños del mundo, y he aquí que aparece en lo alto de la montaña los profetas que pretenden cambiar la mente de los demás seres, pero estos últimos se hacen los de la oreja mocha, no escuchan, no ven, son poseídos por los demonios del hedonismo y las propuestas efímeras de placer con las que son regalados por el establecimiento reinante; pero llegará el momento en que algunos se reúsen, y empuñen en sus manos las lanzas del inconformismo y canten los cánticos de libertad que alimentan a las almas hambrientas de justicia, deseosas de cambiar el panorama de los hombres que hasta ahora se tenía por cierto:

“Pues el hombre es para nosotros, una causa de sufrimiento, esto no es dudoso. No es el temor, sino más bien el hecho de que el hombre nada nos inspira ya temor; que el gusano hombre ha empezado a pulular; que “el hombre domesticado”, irremediamente mezquino y débil, ya ha comenzado a considerarse como término y expresión definitiva, como sentido de la historia, como hombre superior” (Nietzsche 610)

Es esta forma de tolerancia mediocre lo que a juicio de Nietzsche ha vuelto al hombre un ser despreciable en sí mismo, un ser mermado, que por haber alcanzado uno cuantos logros en categorías técnicas y morales se resigna a dejarse llevar por el cauce del río de la incertidumbre que se niega a desvelar y a iniciar en sí una rebelión liberadora, por esta razón el hombre ha fracasado y ha padecido las inclemencias de una historia desolada, portadora de la peste moral. A nuestra sociedad, fracaso del ideal de progreso también la creo *“el odio eterno” (Nietzsche 613)*, nos convierte en caníbales hambrientos de carne mortal; de sedientos de carne, de ese bálsamo que refresca y cubre el plomo de las balas asesinas; necesitados de los fantasmas polvorientos que han quedado sepultados bajo los escombros abortados por las bombas, magníficas creaciones de la inteligencia; y se ha equivocado Dante, como bien lo denuncia Nietzsche, que no ha creado el amor eterno o tal vez sí en una edad infantil, pero ya no, nos acogió en sus espantosas manos el odio (actor sagrado de la comedia mundial) y nos

volvió a crear, mejor, nos recreó a su imagen y semejanza. Esta realidad dotada de ficción, hija del odio llamado vida ha elegido el camino tenebroso creador; nos dio hambre de esperanza y nos armó de venganza y ansia de poder, nos regaló la inteligencia, no para hacer el mayor bien a la mayor cantidad de corderos temerosos de las aves de rapiña, sino, para hablarles al oído y conducirlos al patíbulo, a su segura muerte o a su inapelable sentencia: “¡perdición! he ahí que la inteligencia, paciente y obediente hija ha obrado, y ha dado al hombre sus propias hijos, no ya tan tenebrosos, sino, ennegrecidos, esos retoños de la inteligencia llamados “ideologías”. ¡Escucha bien! ¡Ideologías! Vástagos, que en una época fueron infantiles, púberes que esperaron la maduración con el paso de los años, y llegó el momento en que como Némesis de la tragedia de Sófocles, el hijo asesina a su padre (pero Edipo merece ser salvado de toda condena, él ignoraba el color y olor de su propia sangre derramada por Layo) pero estos hombres, portadores de la salvación y la redención, empuñando el testigo de la libertad pregonaron con voz en cuello, hasta quedar sin pulmones las palabras santificadoras y condenatorias: “¡emancipaos! ¡sed libres! ¡quitad el yugo de vuestro cuello y arrojad la carga! ¡os he traído la anhelada y vivificante libertad! ¡Mi, nuestra ideología! ¡Vivid y morid por ella, es ella y nadie más quien os dará la tranquilidad! ¡Vuestros pastores os han abandonado! ¡Ya sois ovejas de este redil! ¡Agachad la cabeza, pastad en los campos de la comunidad y no os atreváis a levantar la cabeza! ¡Vivid sometidos voluntariamente a este nuevo yugo sedoso y confortador! ¡Abrazad la ideología! ¡Amadla! ¡Adoradla y matad por ella!”, así a tiempo que habló el hombre, no el súper hombre, sino el hombre que se hizo llamar justo, el general de la causa: *¡Amad, abrazad y adorad la ideología!*”

Puede ser cierto que la humanidad ha logrado un gran paso al liberarse en los últimos lustros de las cadenas de la moral religiosa, especialmente de la prohibitiva moral cristiana reinante en occidente, pero a fuerza de un logro cayó más hondo todavía al ser arrebatada su reciente conquista, pues ha sufrido el flagelo humillante y deshumanizador de las ideologías, ellas tan malas que han

torcido miles de fustes y sembraron nuevas semillas de rencor y resentimiento en las almas de los hombres y dejaron claro que las leyes impuestas a sangre y fuego sólo dejan como consecuencia de las ganas de poder desolación a su paso, y para muestra de ello, la historia de la humanidad reciente lo puede explicar claramente: dos guerras mundiales con graves consecuencias morales, sí, la desconceptuación de lo moral se hizo icónico, y la nostalgia de la virtud se presentó como castigo por la ambición desbordante y el uso desmedido de la razón al servicio de los grandes y del mal.

La segunda guerra mundial, la más documentada de las dos, fue y sigue siendo una muestra fiel de hasta dónde la humildad puede llegar asiéndose a la mano del progreso, la eliminación extraoficial de millones de personas, el dato bien sabido de seis millones de judíos y otros millones más muertos en las trincheras de las batallas; dos bombas atómicas que dejaron la incurable secuela del odio y de la catástrofe; las ruinas, casi cenizas de ciudades enteras que tuvieron que hacer fuerza del mayor arrojito posible para poder recuperarse. Las guerras nacionalistas que se desataron en Italia, España y Rusia, todas con ideologías marcadas, llevaron a la denigración total de los derechos humanos, tan defendidos en el siglo XVII y reivindicados en diciembre de 1948; en la segunda mitad del siglo XX la lucha de los estados pertenecientes a la Unión soviética por lograr su independencia de un régimen socialista opresor trajo consigo el holocausto y la inoculación del bicho del resentimiento. Las dictaduras de Latinoamérica, que dejaron desangrar a sus ciudadanos en unas guerras intestinas, esto y otros muchos episodios se dieron y se siguen dando en el panorama mundial de la humanidad, una humanidad que está al borde del precipicio, que se llena de resentimiento, pero que no es capaz de encauzarlo en la dirección correcta.

Y en este siglo, el siglo del progreso tecnológico, del progreso biológico y el siglo de las instituciones defensoras de los derechos humanos, pareciera que no existiera salida alguna a los eternos problemas. Las grandes instituciones siguen determinando las formas en que ha de conducirse las sociedades

contemporáneas, prenden la alarma de la relatividad moral reinante y realizan planes de contención moral como si eso fuera necesario, como si el hombre no necesitara un pequeño espacio y un respiro que hiciera entrar aire puro a sus pulmones cancerígenos. La peste de la enfermedad moral ya ha llegado muy lejos y se sigue extendiendo de forma exponencial, muestra de ello son las largas discusiones que ha generado los temas de la Eutanasia, el aborto y el matrimonio homosexual, ¿por qué tanto escándalo por eso? ¿Quién ha de determinar la actuación de cada hombre sobre la faz de la tierra? ¿Las constituciones políticas sometidas a cambios repentinos por los caprichos de los políticos de turno? ¿Será acaso la iglesia, institución con intenciones buenas pero desacreditada por sus actores principales? ¿La organización mundial de la salud, la organización de las naciones unidas? ¿Las miles de organizaciones que pululan en el planeta como defensores de los derechos de los miserables? Todas las instituciones están en la obligación de velar por las buenas costumbres de los ciudadanos, ciudadanos admitidos como personas y sujetos de derechos, el problema radica en el ejercicio de la libertad, pero no en la libertad defendida por la sociedad de consumo que liquida las esperanzas de emancipación de los hombres con sus múltiples ofertas, no, la libertad pura que nace de un alma inconforme que anhela el aire puro que ofrece la tierra prometida y que ha de ser sometida por el súper hombre.

Y son muchos los episodios con los que el hombre ha de enfrentarse para poder volver reinventarse, para poder gozar al fin de la buena voluntad de poder que le permita sobreponerse a los nuevos sacerdotes dictadores de las reinantes morales y valores reinantes; el hombre soberano de sí mismo es aquel que ama profundamente su vida y la de los otros y anhela tender un puente entre lo antiguo y lo nuevo, entre el hombre viejo y superhombre nuevo, y este superhombre tan temido por los hipócritas revolucionarios sociales es el que ha de buscarse sin descanso, no es él el hombre de raza pura como lo pretenden las leyendas negras del nazismo, ni el descorazonado egoísta que no pretende la solidaridad, tal vez en esto fue mal interpretado Nietzsche, pues si bien se hace claro una fatalidad

oscura en sus obras y un rechazo a establecimiento, no es justo las interpretaciones descorazonadas que se han hecho de sus tesis. Es mejor ubicarlo en el espacio de los incomprendidos revoltosos e inconformes, en el grupo de los adelantados a su tiempo que fungieron como profetas de un futuro descarnado y asesino de ilusiones, donde la voluntad de poder permanecerá oculta hasta que llegue el día en que el hombre sea capaz de poder descubrirla y dominarla, por el momento sólo existe el resentimiento colectivo, llegará el instante que marque el inicio del fin de los largos sueños y se despierte al hombre nuevo, cansado del dominio general de los poderosos sacerdotes contemporáneos. ¿Dónde hallar la voluntad de poder? Hallémosla en el resentimiento, en el nuevo resentimiento poseedor de las llaves que abrirán los grilletes y conducirán a la libertad. Y llegará el instante preciso donde los falsos valores serán desechados porque *“ellos (los falsos valores) y las palabras ilusorias (...) son para los mortales los monstruos más peligrosos. (Nietzsche 85),* y de palabras ilusorias está lleno el camino que está invitado a caminar el hombre que pretenda ser soberano de sí mismo y su tarea es exterminarlas todas y poder en algún momento de su existencia las palabras de Zaratustra: *“¡sí! hay en mí lago invulnerable, algo que no puede sepultarse y que hace saltar las peñas: esto se llama, mi voluntad. (Nietzsche 104),* esa voluntad que no se desvanece aunque lo pretenda hacer las nociones heterodoxas de las grandes instituciones alienantes. No, ya no es posible parar, la rebelión está en marcha, el resentimiento se a acalorado y la venganza que alguna vez fue imaginaria, ya no lo será más, se convertirá en real.

2.1. Del manjar de las mentiras ideológicas

Inagotable es la voluntad del hombre cuando se encuentra a merced del peligro, inagotable es su fuerza creadora cuando las ilusiones de salvación se creen perdidas, ahí es justamente el momento exacto e importante para que el ser, ese metafísico estado del hombre haga su aparición: *“pero yo llamo voluntad, a la voluntad del ser” (Nietzsche 105).* La voluntad del ser, inagotable combustible del alma, inagotable fuego vivificante de la esperanza, de lucha, de empoderamiento

de sí, por esta razón el hombre aún puede conservar la posibilidad de poder ver una última luz al final del túnel, y la concreción de una promesa, pero no la realización de la promesa que tan desalentador panorama ha puesto a los ojos de los hombres a partir de los primeros seis años del siglo XX y que tiene en sí mismo una polifonía nominal de alta categoría, que un día vendió la mentira por verdad (y desdichados nuestros antepasados y sus antepasados que comieron del banquete de la mentira), y son, esos nombres que un día prometieron la salvación en el mejor de los mundos posibles, éstos: progreso, ideología y emancipación.

No dudes de sus bienintencionadas promesas infantiles, quiso el destino o la "*justicia divina*" que el segundo diluvio de la humanidad no fuera una lluvia de agua como aquel diluvio bíblico, sino, una lluvia roja, de sangre, de dolor, sangre de todas las nacionalidades, y el siglo XX, promesa revolucionaria y emancipadora, pagó cara su osada rebelión; gran parte de países anegados en ríos de sangre, putrefacción en el aire, hambre en los estómagos, lágrimas en los ojos, polvo en las cabezas cansinas, ampollas en los pies descalzos y una esperanza verde (Quién habrá dotado de color a la esperanza) marchita por el rencor, que tal vez nunca murió, y no lo hizo, esperó y revivió como el ave Fénix, y sembró la venganza paciente en el corazón de los hombres, y aun así, la lección ha quedado a medio camino, una lección pendiente de terminar, pero quizá no se pueda hacer, y si se hace el rencor que un día motivo las grades rebeliones vuelva a hacer mella en los corazones del hombre y los ennegrezca una y mil veces más, y lo último que se vea se el oscuro final del holocausto, de la hecatombe, del sacrificio de miles y miles, esto es lo que ha pretendido la búsqueda y la mala interpretación de la búsqueda del superhombre, una realidad fuera de contexto, que pretendía que éste (el superhombre era aquel que fuera capaz de acabar con su miedos, y dejar de lado los temores infundados por la tradición moral cristiana, ella tan prohibitiva. Pero no es así, la creación de una nueva moral inventada por el superhombre ha de tener su arraigo y acicate en el resentimiento, pero ese

resentimiento que se oculta en el mal llamado orden del establecimiento que condena a todo aquel que pretende la libertad de su alma a una vida de oveja mal oliente resignada en el rebaño.

Porque por muchos siglos tantos hombres creyeron que la felicidad del hombre radicaba en el desprecio de tantas cosas que a la postre era lo único que preservaba la esperanza en él, a decir, el desprecio de la vida de la tierra por el amor a una vida incierta de esperanza futura en un mundo incierto llamado paraíso, alimentador de los sueños más irrelevantes de los hijos de la religión y la caridad, es este vicio el que ha hecho perder al hombre muchos de los mejores años de los siglos de esta historia en el que ha escrito su vida; y para Nietzsche esto es en suma despreciable y recomienda lo contrario para allanar el camino que ha de conducir al superhombre: *“hombre sublime: su felicidad debiera trascender a la tierra y no al desprecio de la tierra” (...)* *Debéis imitar la virtud de la columna: a medida que se eleva va haciéndose más bella y más fina”* (Nietzsche 110) aquí, en estas palabras se aprecia de manera contundente la afirmación categórica de la vida, de la vida en la tierra, de la especial misión del hombre: ser feliz en ella, pero no como el mediocre que se resigna o lo que ha sido establecido por la institucionalidad prohibitiva y alienante, no, no la garantía que da el hecho de gozar de la presencia de un estado pues éste *“es un perro hipócrita como tú mismo, y como a ti, le gusta hablar por medio de humaredas y aullidos, para hacer creer, como tú, que su palabra viene del fondo de las cosas”* (Nietzsche 122) esto ha dicho Zaratustra, y esto es el toque de piedra para que el superhombre comienza a caminar rumbo a su destino final, y no espere aquel que comienza la carrera encontrar las cosas sencillas, no, será mejor estar en el noveno círculo del infierno de Dante, padeciendo una y otra vez los interminables sufrimientos, aquel que quiera llegar a la meta de la construcción del superhombre ha de vérselas con el destino de frente, y ha de hacer fuerza del mayor arrojo posible para poder superarse así mismo, para ser soberano de sí y conducir al rebaño a su liberación.

El resentimiento, primer paso en la maratónica liberación del hombre que va dejando atrás sus ataduras hacia la libertad de su condición esclavista, procurando el castigo a sus enemigos, enemigos de la vida y de las verdaderas costumbres, de las ciertas virtudes que enriquecen el alma. El hombre ya ha estado en la montaña y como el profeta que ama a su ciudad de Vaca multicolor y sus habitantes desciende con frenesí teniendo la certeza de llevar consigo la buena nueva de la libertad: *“Ante todo tened el valor de tener fe en vosotros mismos; en vosotros mismos y vuestro corazón. Quien no tiene fe en sí mismo, miente para siempre”* (Nietzsche 114). Por eso la mentira ha alimentado la construcción de las naciones y las instituciones de estas naciones, y ha sido cómplice del derramamiento de la sangre del hombre del rebaño, azotado por las aves de rapiña, y no se crea que las aves de rapiña son sus enemigos, no, esa naturaleza de supervivencia es su característica, intentan sobrevivir y lo hacen valiéndose del más débil en la cadena de alimentos que ha proporcionado la evolución, así mismo, las almas que no confían en sí mismas y que son mentirosas, engañan a otras más débiles y se alimentan de su debilidad y su ceguera, las exprimen hasta agotarlas totalmente, y ponen de por medio las premisas inverosímiles del cristianismo, pero tan efectivas para aportar almas al holocausto, *“amen a sus enemigos”*, ¿Por qué amar a quien me ha lastimado y ha lastimado a quienes he amado? ¿Quién es nuestro enemigo? No es aquel disfraz de los mojigatos que se llaman así mismos virtuosos, no; tampoco la fuerza reprimida que no venga la afrenta y se abstiene de represalia alguna, y no es el espejismo de valentía que suministran los sacerdotes, aquella mal intencionada orden imperativa de amar al prójimo; esto sólo es un barburítico que actúa lentamente sobre el alma y la consume hasta el silencio total, la sumerge en la soledad eterna y la convierte en escombros místicos, al que muchos canallas de la historia llaman paciencia, virtud suprema para quien busca superar su propia humanidad, pero disfraz de virtud para los holgazanes que se hacen llamar, (y se llaman) prudentes.

2.2 Final de la sinfonía:

Se ha mantenido la tesis de que una nueva moral a partir de Nietzsche en su obra *Así habló Zaratustra* sólo es posible si se tiene presente como combustible de ésta el sentimiento del resentimiento, que aúna las fuerzas del hombre en virtud de descubrir el mal que le circunda y que ha sido creado por los sacerdotes de la religión y de los estados, dictadores de leyes, muchas de las veces coactivas y que han llevado a la humanidad, en una ilusión de progreso a su casi perdición, cosa que se ha atestiguado a través de los sucesos históricos del último siglo (XX), y que hoy por hoy se sigue evidenciando en una catástrofe casi similar que involucra la fatalidad como preludio de una posible hecatombe moral, cosa de por sí aterradora, pero que en virtud de esto, no le queda más al hombre que valerse de su propio odio para salir de la edad adolescente y entregarse con sus fuerzas a la purificación de la vida, una vida que acontece frente a la necesidad de ser reivindicada y reconfirmada, una vida necesitada ya no de una salvación mediada por los anhelos fantásticos de salvación supra natural y de valores vetustos, empolvados, sino una salvación que ha de partir del hombre mismo y ha de terminar en él.

El resentimiento es el provocador de la voluntad de poder, esa voluntad inquieta, una voluntad:

“vieja (...) que quiere marchar a su paso sobre mis propias piernas; su sentido es duro e invulnerable, sólo soy vulnerable en el talón. Todavía vives allí, siempre igual a ti misma, ¡Tú, mi paciente voluntad! ¡Tú, siempre has pasado por todos los sepulcros! En ti subsiste lo que se ha liberado en mi juventud y, joven y viva, te has sentado, llena de esperanza, sobre los amarillentos escombros de las sepulturas” (Nietzsche 105)

Y así permanece a la espera de ser el aliento vivificador del superhombre, del hombre que tiende mil puentes y guerras sobre sus congéneres, para elegir entre todos al más apto para llevar la batuta de la liberación, no sustentada en los

principios morales de la religión prohibitiva y dañina, ni en las podridas aguas de la ideología asesina, sino, sustentada en la fe en sí mismo, en la fe en la tierra, en la vida y en la soberanía de la felicidad sobre los hombros del superhombre.

2.3 Conclusiones.

La razón desbordante, que muchas de las veces no ha sido encauzada de la mejor manera, ha conducido al hombre a la guerra, a las catástrofes y a una ambición desbordada, creadora de desolación y fatalidad. Y como resultado de ello, aparecen sentimientos profundos en el hombre, y uno de ellos, que es tal vez el que pone de manifiesto la propuesta de una nueva moral en Nietzsche, es el resentimiento, el mayor generador de venganza que pueda poseer el hombre en su alma, en su alma inconforme con el establecimiento opresor. Así pues el rechazo de la tradicional forma de ser en el mundo expuesta por Zaratustra ilustra de manera contundente el camino a seguir: levantarse con la mayor fuerza de las cenizas envenenadoras que mantienen en un sopor barburítico al hombre, que se erige como soberano de su vida y de su futuro, ha de cambiar los viejos valores, esos valores recalcitrantes y alienadores, y sólo puede lograrlo si pone a su disposición la fuerza que resume el resentimiento.

Así pues, los conceptos axiológicos que sirven de instrumento de una nueva moral, son aquellos que se crea el propio hombre, y los crea a la luz de la realidad devastadora creadora de esclavos, ha de fundar una moral emancipadora, liberadora y que proporcione felicidad, así al final de camino, mire hacia atrás y recuerde los episodios de tortura y de esfuerzo emprendidos por aquel hombre que en un principio tuvo el valor de poner a su disposición su voluntad, esa voluntad férrea, que le ayudo a tender un puente entre el pasado y el presente de su condición antropológica, es decir, entre las cenizas de los valores alienantes y lo valores nuevos que lo convierten en su superhombre.

Y es el hombre, quien pondera en la palestra de su reflexión todas las condiciones de valor que lo han de llevar a la emancipación total de sus temores y enfrentarse contra los opresores institucionales, no ya la prohibición, no ya la censura y no más el no descorazonador. Pero no puede desconocer la fatalidad, que es la inevitable consecuencia de la lucha de dos fuerzas eternas e incomprensibles: el bien y el mal. Pero es sabido por la gran mayoría de seres inquietos que es este último (el mal) quien ha tomado la delantera, y como muestra irrefutable de ello, son las dos grandes guerras mundiales, y las miles de muertes provocadas en las guerras parricidas nacionales, a decir, las guerras civiles.

Referencias.

De la Torre, Rocha, Alfredo. El cuerpo como centro de interpretación: una aproximación a la concepción Nietzscheana. Revista: Universitas Philosophica, 34 / 35, año 17 (2000), 159 – 178. Junio – Diciembre 2000.

García, García, María Luisa. La revelación de SILS-MARIA: el eterno retorno de Nietzsche en “ASI HABLO ZARATUSTRA”. Revista: Universidad del Salvador filosofía y teología: Stromata, 3 / 4 (1992). 369-408. Diciembre 1992.

García, García, María Luisa. La revelación de SILS-MARIA: el eterno retorno de Nietzsche en “ASI HABLO ZARATUSTRA”. Revista: Universidad del Salvador filosofía y teología: Stromata, 3 / 4 (1992). 369-408. Diciembre 1992.

Immanuel Kant. Ensayos sobre la paz, el progreso y el ideal cosmopolita. Cátedra.2009.

Nietzsche, Friedrich. Así habló Zaratustra. Edaf.1969.

Nietzsche, Friedrich. Obras completas Vol. 3. Aguilar. 1974.

Nietzsche, Friedrich. El aforismo 341 de la ciencia jovial: doctrina del eterno retorno.

Pérez, Mantilla, Ramón. El eterno retorno de lo mismo. Revista: Universidad Nacional de Bogotá: Ideas y valores, 114 (2000). 3-20. Diciembre 2000.

Séneca. Cartas a Lucilio. Juventud. 2006.